

NEW LEFT REVIEW 102

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2017

ENTREVISTA

HAZEM KANDIL El Egipto de Sisi 7

ARTÍCULOS

ROB WALLACE Y
RODRICK WALLACE Las ecologías del Ébola 45

EFRÁÍN KRISTAL *Facundo* y la novela 59

ANTONIO GRAMSCI JR. Mi abuelo 69

LESZEK KOCZANOWICZ El caso polaco 79

FREDRIC JAMESON Badiou y la tradición francesa 100

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN La idiosincrasia de Burke 120

KATE STEVENS Un ecoinconformista 133

ANDERS STEPHANSON La senda hacia el globalismo 143

NANCY HAWKER Lecciones para fisgones 155

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

ts
td traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

John A. Thompson, *A Sense of Power: The Roots of America's Global Role*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2015, 343 pp.

ANDERS STEPHANSON

EL CAMINO HACIA EL GLOBALISMO

En 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el Departamento de Estado estadounidense en Washington constaba de doscientos trece empleados –incluyendo trabajadores manuales–, y el ejército del país era apenas un quinto del de Bulgaria. La armada era otra historia, pero, aunque impresionante, iba a la zaga tanto de la británica como de la alemana en tecnología y tamaño. Treinta años más tarde, Estados Unidos iba ya camino de convertirse en el poder militar y político globalizado que sería cuando Harry Truman dejó el cargo en 1953, y que hoy conocemos. *A Sense of Power*, de John Thompson, es un intento de entender esa gran transformación, a partir de la premisa poco habitual de que podría no haber sucedido necesariamente así.

La cuestión, por supuesto, está en saber lo que se quiere decir con «necesariamente». Thompson se ajusta al lenguaje político reciente, al ver en la necesidad lo contrario de la elección, como sucede en la expresión «guerras por necesidad, guerras por elección», aunque él mismo no invoca esa fórmula tan conocida. Mientras escribo estas líneas, la polaridad de la necesidad y la elección ha recibido una relevancia inesperada de la mano de un presidente electo, que dice que muchos de los compromisos estadounidenses en el mundo son innecesarios y, ciertamente, malas elecciones desde la perspectiva de «América». Se trata de un lenguaje que rechaza, al parecer, el marco básico que lleva funcionando desde la década de 1940, según el cual Estados Unidos es el garante último del orden mundial, esto es, responsable

de la totalidad. *A Sense of Power* trata de la emergencia de esa concepción en la primera mitad del siglo xx y, más específicamente, sobre los debates políticos y las elecciones que la configuraron, en relación con un conjunto de necesidades específicas que ciertamente existían. Thompson, que es profesor de historia de Estados Unidos en Cambridge, aporta al tema toda una vida de estudio de aquellos debates, que se enmarcan sobre todo en la llamada *Progressive Era* (1890-1920).

Este libro, por lo tanto, es un estudio de las *decisiones* en casos en los que, si todas las variables se mantuvieran igual, las posibilidades van desde el abanico más amplio de opciones, a ninguna opción en absoluto. Para Thompson, la «necesidad» incide en la toma de decisiones por dos vías: la «seguridad» y la «economía». Todo sistema de gobierno debe evaluar las amenazas externas y proporcionar los recursos para mantener su continuidad, en el interior y en el exterior; toda forma de gobierno debe atender al tipo de intereses económicos en el interior, que producen los medios de subsistencia tanto para la población como para el Estado. Una vez satisfechas estas exigencias, lo que queda, por lo tanto, es la «elección». Fue ciertamente una decisión política de ese tipo, la Guerra de Vietnam, lo que llevó a Thompson en un primer momento a reflexionar sobre estos problemas. Resulta claro que para Estados Unidos Vietnam no planteaba realmente ningún problema de «seguridad» –dijeran lo que dijeran los distintos presidentes–, como tampoco era relevante en términos de intereses económicos. La intervención, por lo tanto, parecía ser una cuestión de elección, ciertamente mala (según da a entender Thompson), pero elección al fin y al cabo. De lo que se trata, por lo tanto, es de averiguar cómo Estados Unidos pasó de la noción de que prácticamente nada es necesario a su contrario, a la noción de que prácticamente todo lo es. Aquí la posición de Thompson es que, estrictamente hablando, tal desplazamiento histórico partía de un error de base: la necesidad era una elección, por así decirlo. Estados Unidos nunca fue objeto del tipo de presiones sistémicas, que podrían haber exigido el paso al globalismo: de ahí el lujo de tener la opción de hacerlo. La cuestión, entonces, es cómo y por qué se dio ese paso.

La seguridad y los intereses económicos constituyen las dos líneas explicativas principales, que invocan ciertamente la necesidad sistémica y conforman los polémicos contrapuntos de *A Sense of Power*: el realismo por un lado, y el determinismo económico, por otro. Partiendo de fundamentos empíricos, el autor concluye que ambas líneas están equivocadas, y se propone demostrarlo analizando los ejes y variaciones ya conocidos en las relaciones exteriores de Estados Unidos durante el siguiente periodo, que él considera de transición: la guerra de 1898 y el exceso imperial-colonial que se produjo a continuación; la entrada en la Primera Guerra Mundial en 1917 y la debacle wilsoniana de posguerra; el repliegue relativo de las

décadas de 1920 y 1930; la desigual pero bastante clara tendencia hacia el intervencionismo a partir de 1938, con la Segunda Guerra Mundial ya en el horizonte; el enorme esfuerzo bélico que siguió; y la transición final hacia el globalismo pleno a principios de la Guerra Fría, desde 1947 en adelante. Esta no es, subraya Thompson, una historia omnicomprehensiva, sino una investigación centrada en una temática particular y, por lo tanto, selectiva por naturaleza. Con todo, *A Sense of Power* abarca un territorio muy vasto y, a veces, lo hace con una atención al detalle considerable, a la par que interesante. La referencia a Vietnam apunta a una problemática que se origina en las décadas de 1960 o 1970, cuando los argumentos historiográficos eran, en todos los sentidos, más agudos; Thompson es original al tomarse los modelos explicativos más en serio de lo que suele ser habitual tras el cambio cultural acaecido en este campo.

La alternativa realista se centra en las necesidades de la «seguridad»; argumenta que las capacidades objetivas de poder llevan inherentemente al ejercicio de ese poder, que el «sistema» internacional requiere de dicho ejercicio, ya que la inacción significaría inseguridad o crearía inestabilidad en el orden hegemónico de las cosas. Con el tiempo, cualquier desfase entre el poder y su ejercicio tendería a cerrarse. Desde el punto de vista histórico, según se argumenta a continuación, Estados Unidos terminó calibrando, de hecho, poder objetivo y «seguridad». Thompson está de acuerdo en que el país tenía los medios para llevar a cabo una amplia política a escala global o, al menos, una política que fuera mucho más vigorosamente expansiva que la que efectivamente practicaba por entonces. No hay ninguna duda respecto del potencial estadounidense en este sentido. Estados Unidos, habiéndose convertido ya en 1870 en la primera potencia manufacturera mundial, producía casi el 40 por 100 de todos los bienes al comenzar la Primera Guerra Mundial. En 1945, tras haber demostrado su formidable poder militar y económico en otra conflagración global, la cifra había aumentado hasta el 50 por 100. Además, durante aquella última guerra los estándares de vida en el interior del país no sólo no disminuyeron, sino que aumentaron. Y, sin embargo, si exceptuamos los dos esfuerzos bélicos, seguía habiendo una discrepancia entre lo que Estados Unidos podía hacer y lo que de hecho hizo. Sólo después de 1945 se cerró ese desfase, con las decisiones que acompañaron la llegada de la Guerra Fría.

Thompson considera que esta evolución no tuvo mucho que ver con la presión sistémica o los problemas crecientes en materia de seguridad. Ante todo, no hay una correlación universal entre el poder potencial y el poder real. Además, según argumenta, no era cierto que la conectividad espacial y las innovaciones tecnológicas, los factores clave en la supuesta vulnerabilidad o exposición en materia de seguridad, trajeran consigo un aumento del peligro. El poder aéreo, por ejemplo, hacía más difíciles, de hecho, los ataques

nauales y facilitaba la defensa. La invasión de Estados Unidos nunca fue una posibilidad: Charles Lindbergh tenía razón al respecto. Estados Unidos no tuvo que afrontar una vulnerabilidad real hasta mediados de la década de 1950, e incluso entonces el poder disuasorio estadounidense frente a la Unión Soviética seguía siendo abrumador. Desde la ruptura wilsoniana en adelante, según Thompson, la opinión pública tomó conciencia de lo esencial, tanto del poder en la reserva como del escaso interés en ejercerlo: ¿por qué preocuparse? Aquí la antítesis clásica la proporcionan los atenienses en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, que borraron del mapa a los melios simplemente porque podían: renunciar a hacerlo, paradójicamente, habría sido un signo de *hubris*. ¿Cómo y por qué viró Estados Unidos hacia un tipo similar de necesidad elegida?

Si bien es cierto que el cálculo geoestratégico, al versar sobre el futuro, siempre está abierto a la especulación basada en los peores escenarios posibles —y la mera ausencia de invasión puede argumentarse que se corresponde con un sentido de la «seguridad» demasiado limitado—, el relato de Thompson es en general persuasivo. Como también lo es su crítica del argumento económico, que deriva el expansionismo externo de la necesidad de mercados, materias primas y exportaciones financieras que tiene el capitalismo o, alternativamente, de la influencia corporativa, o de vagas nociones acerca de dichas necesidades. Aquí, tal y como demuestra Thompson, la lógica económica real parece desplegarse de una forma que desafía la intuición: cuanto más se industrializaba Estados Unidos, menos se integraba el país en el capitalismo internacional y menos significaban para él los mercados externos. Es cierto que algunas industrias tenían grandes intereses en el extranjero y ejercían influencia en la política, pero en tanto que *sistema* económico Estados Unidos podía arreglárselas muy bien en las condiciones existentes, en gran medida de autosuficiencia, con una reproducción del capital abrumadoramente concentrada en la esfera interna. Hay una asimetría, tan evidente que es casi banal: el exterior significaba menos para Estados Unidos de lo que Estados Unidos significaba para el exterior. El sistema financiero de la República Dominicana —aunque no sea uno de los ejemplos de Thompson— estaba completamente controlado por Estados Unidos a principios de la década de 1900, primero por una corporación privada de Nueva York y, después, por Washington; pero esta circunstancia, decisiva para los dominicanos, no tenía apenas consecuencias para la potencia imperial. Se trataba de una dominación por razones económicas tanto como estratégicas, pero no era «necesaria». Todo este razonamiento, sin embargo, se va a complicar mucho en las décadas de 1920 y 1930: la ausencia de verdadero «liderazgo» estadounidense, a pesar de las iniciativas aparentemente privadas para remediar el problema central de las deudas de guerra, ciertamente contribuyó a la crisis sin precedentes de la década

de 1930. Sin embargo, esto sólo se hizo patente con el tiempo. En la década de 1920 era difícil no pensar que Estados Unidos estaba en pleno apogeo, y ello apoyándose en gran medida en conceptos tradicionales. El mandato de George Washington (y de Alexander Hamilton) —«de comercio, lo máximo; de enredos políticos, lo justo»— nunca pareció cobrar tanto sentido como en el periodo de entreguerras poswilsoniano.

Por lo tanto, ni la «seguridad» ni los intereses económicos *dictaron* movimiento alguno hacia el exterior. Podría decirse que las objeciones de Thompson equivalen a un rechazo materialista de la necesidad material. Como la necesidad no es de aplicación, lo que nos queda es el resto de factores, la elección y la voluntad, una especie de voluntarismo extrañamente análogo a la autoconcepción del estalinismo en su dimensión interna, con un aparato supuestamente sujeto a la dirección de la voluntad racional del partido. La versión estadounidense, si bien ciertamente algo más caótica, sigue siendo una cuestión de voluntad, cuyos orígenes, según piensa Thompson, pueden hallarse en los debates generados en momentos cruciales y en cada acto de «elección», de hacer o no hacer (hacer siempre implicaba un elemento de coste, incluso sacrificio). En este juego interactivo de opiniones entre la población, la Casa Blanca, el Congreso y toda una serie de incursiones en el corazón de las élites internacionalistas de la costa noreste es donde se encuentra el excedente explicativo, lo que queda por encima y más allá de la necesidad, «las fuentes de la voluntad de ejercer el poder»; instancias que, en gran medida, también «se reflejan» las unas a las otras. Investigar sobre ellas, insiste Thompson, no implica juicio de valor alguno. Las virtudes y defectos de las opciones resultantes no nos preocupan en este momento. De lo que se trata es únicamente de especificar en qué consistieron y cómo se fraguaron en las deliberaciones. Por supuesto, esta pretensión es algo problemática, pero el procedimiento propuesto sí permite hacer un balance serio de argumentos que en muchas ocasiones se despachan rápidamente por ser patentemente estúpidos, o porque están en el cubo de basura de la historia. La forma no teleológica y detallada en que recupera los «debates» es un logro destacable, y un tanto desconcertante desde las narrativas habituales. La cuestión, sin embargo, es lo que Thompson pone en su lugar.

Uno podría pensar que la «ideología» es una candidata obvia en este sentido. Así, los debates, la «opinión», las ideas, las políticas, el sentido y la sensibilidad aparecerían dentro de un marco ideológico cualquiera, del que partirían a su vez explicaciones ulteriores. Thompson rechaza esa vía. Lo que hace, casi desde el principio, es introducir la ideología como el tercero de los factores que inciden en la elección, sólo para despacharla después de una página y media. En su planteamiento, la «ideología» se concibe, en sentido estrecho, como un conjunto de nociones en torno a las ideas de misión y destino: el nacionalismo estadounidense como fuente de valores

universales. Sea cual sea su eficacia en circunstancias particulares, la ideología (según Thompson) nunca lo es todo; ni es tan relevante desde el punto de vista operativo. Es un bloque de grandes abstracciones, externas a los acontecimientos y a las ideaciones y posturas más concretas, que dan lugar a lo que es la política real (recuerdo en este punto todos aquellos análisis occidentales de la política exterior soviética, que nunca lograban descifrar qué papel jugaba en ella el «marxismo»). Tras acotar y dejar fuera la «ideología», Thompson puede pasar a ocuparse de los momentos históricos que le interesan según los términos estructurados por sus dos metas fijadas: la seguridad y los intereses económicos. Un efecto notable de esto es que el aspecto religioso, incuestionablemente ideológico, se queda en gran parte por el camino. La religión entra en escena, pero lo hace en tanto que cultura política más que como doctrina o teología y, en particular, en términos de las actitudes protestantes de la élite (y en este sentido, más como un dispositivo facilitador que como una restricción). El resultado, en cualquier caso, es desconcertante. Woodrow Wilson, cuya presencia se deja sentir en todo el libro, tomó decisiones sobre la guerra y sus secuelas que se expresaban en términos del más estricto calvinismo, convencido como estaba de que una autoridad superior lo había designado para articular los deseos más íntimos de la humanidad. Su Liga de Naciones (pues era principalmente suya) se fundó, como se sabe, en un «pacto», es decir, en una idea no tanto legal como protorreligiosa. «Casi milenaria», llega a decir Thompson al respecto. El Wilson que nos presenta Thompson es, a fin de cuentas, un político pragmático guiado por la convicción de que un mundo pacífico necesita del liderazgo estadounidense para el establecimiento de una Liga de Naciones.

¿Qué es, entonces, *lo que nos queda*? La primera respuesta de Thompson es de carácter agnóstico: no hay una única fuerza motriz, no hay factor o lógica alguna que parezca haber dirigido las cosas; todo dependió de las circunstancias. Sin embargo, si las contemplamos como una secuencia desde Wilson hasta Truman, aquellas circunstancias sí que contribuyen a una especie de desarrollo abierto. El proceso no consistió en una simple oscilación entre lo interno y lo externo que finalmente, de forma arbitraria, pasó a convertirse en lo que podemos llamar «responsabilidad internacional». Cada momento dejó tras de sí una experiencia, una conciencia, un referente, algún marco de actuación que no estaba allí con anterioridad. La década de 1920, de carácter antiwilsoniano, nunca supuso un regreso a los postulados previos a la guerra; los dispositivos eran más grandes y mayores los compromisos. Ya la experiencia de la Primera Guerra Mundial había hecho tomar conciencia de que, si la situación lo requería, Estados Unidos tenía la capacidad de protegerse a sí mismo y, quizá, imponer su voluntad. Sin embargo, por entonces la opinión estaba dividida, de forma implacable, en lo tocante a si la situación realmente lo requería y la posición de Wilson, como es sabido,

provocaba un gran rechazo. En 1937, dos tercios de la opinión pública creía que haber entrado en aquella guerra había sido un error. A pesar de ello, tras la caída de Francia en junio de 1940 había un apoyo muy extendido a la idea de hacer de Estados Unidos «el arsenal de la democracia». Y al terminar la Segunda Guerra Mundial, la población en general se había convencido de que el país tendría en adelante que jugar un papel mucho más amplio y activo en el escenario global. Casi todo el mundo estaba de acuerdo: tanto los «atlantistas», como Walter Lippmann, preocupados ante todo por la defensa de Europa occidental; los «globalistas» del tipo de Henry Luce, convencidos de que Estados Unidos debía moldear el mundo conforme a valores propiamente estadounidenses; los progresistas del *New Deal*, entusiastas de las reformas del sistema internacional; y muchos conservadores, que hasta entonces habían sido republicanos «aislacionistas». En aquel momento todo ese consenso confluyó para cristalizar en un formato multilateralista, que giraba en torno a la ONU; pronto (1947), sin embargo, todo ello daría paso al globalismo de la Guerra Fría. Los estadounidenses, en resumidas cuentas, habían terminado aceptando la apuesta original de Wilson, según la cual Estados Unidos tendría que crear un entorno internacional que se amoldara a su propia orientación, aunque sólo fuera para evitar ser arrastrado a nuevas guerras. Estados Unidos tendría, pues, que asumir la «responsabilidad». (En ese sentido limitado, el Wilson de Thompson es indistinguible de su archirrival, Theodore Roosevelt).

Esta negación radical de la postura anterior era posible por la forma en que la opinión pública reaccionaba ante los acontecimientos externos inesperados, una combinación que generaba un proceso irregular de «aprendizaje» (palabra escogida por mí), que se cimentaba en un «sentido del poder» (según la expresión de Thompson). Los ataques directos eran fundamentales: la guerra desatada de los submarinos alemanes en febrero de 1917, el ataque japonés sobre Pearl Harbor en diciembre de 1941, o la posibilidad de una agresión soviética. La guerra o la posibilidad inminente de la misma generaba una reacción pública aguda: «ultraje» (Primera Guerra Mundial), «aversión» y «alarma» (el nazismo y el militarismo japonés) u «odio y miedo intensos» (la Unión Soviética y la Guerra Fría). Pero se necesitaba algo más. Ayudaba el hecho de que los costes, aunque considerables, no eran prohibitivos. La Segunda Guerra Mundial era una referencia estelar en este punto: el capitalismo estadounidense, en su formidable versión fordista con apoyo del Estado, nunca había funcionado mejor, y probablemente nunca lo volvería a hacer. Su increíble rendimiento durante la guerra suscitó el temor generalizado de que la paz pudiera traer consigo una vuelta a la depresión económica. Muy por delante de la paz, una vez terminada la guerra la preocupación principal era «tener trabajo». Cuatro años después, perdida de vista la depresión, el 80 por 100 de la población apoyaba la creación de la OTAN (si bien bajo la falsa

premisa de que ésta no implicaría el estacionamiento de tropas en Europa). Había pues un precio a pagar, si bien un precio asumible. Pero, en todo caso, ¿por qué pagar nada, si no había necesidad de hacerlo? Aunque Thompson sigue sin hablar de ideología, sitúa el «excedente» de elección en un constructo ideológico dual más allá de los sentimientos inmediatos. Por una parte, estaba el sentido del poder acumulado y, por otra, nos sugiere, la emergencia de una solidaridad civilizatoria con Europa: se suponía que un Estados Unidos ahora unido estaría en condiciones de reconectar con sus orígenes de una manera que había sido imposible en el periodo, fuertemente dividido y étnicamente fracturado, de la Primera Guerra Mundial. Por lo tanto, un factor clave en la evolución final hacia la hegemonía fue una cierta predisposición hacia la eurosolidaridad.

En último término, podría parecer que esto explicaría la ideología como una regresión hacia una mayor ideología, o hacia una ideología «más profunda» (si bien derivada de la diferenciación regional en beneficio de Europa). ¿Dónde queda el poder y la estructura de poder en este modelo? Como mínimo, a uno le habría gustado leer algo acerca del sistema político y sus peculiaridades. La «responsabilidad» por la totalidad exterior siempre fue una proposición difícil, debido a que la ingente productividad de Estados Unidos, anclada en el interior y orientada hacia adentro, tal y como insiste Thompson con razón, tenía su reflejo en el sistema político: una clase dirigente (fracturada) de la élite del poder capitalista y sin ningún interés inmediato en la esfera internacional. Desde esta perspectiva, ¿no estará Thompson manejando una noción demasiado optimista del papel que juega la «opinión» en todo esto? ¿Hasta qué punto era esta opinión de hecho superficial? ¿Hasta qué punto estaba manipulada? Tal y como él indica, aunque no lo trate desde un punto de vista analítico, el paso a la Guerra Fría estuvo repleto de exageración instrumental y de distorsión por parte de los poderes en liza.

Si, remitiéndonos a su línea argumental, nos quedamos dentro del marco de Thompson, la solidaridad civilizatoria con Europa no es una explicación muy convincente de esta evolución. Es cierto que había un «sentimiento de poder» y que había también una cierta conexión cultural, especialmente en la élite atlantista anglófila de la costa noreste de Estados Unidos. También es verdad que la mayoría de los movimientos destacables entre 1946 y 1949 fueron generados por y estuvieron centrados en Europa (occidental); y que, si todo lo demás permanecía igual, esta parte del universo era de particular importancia. La identificación con Europa, sin embargo, no es lo que hace de la Guerra Fría un argumento convincente y, de hecho definitivo, en favor del globalismo estadounidense. Tal y como el propio Thompson reconoce, el enorme (pero inadecuado) préstamo concedido al Reino Unido en la primavera de 1946 sólo tuvo aceptación gracias al embrollo simultáneo con la Unión Soviética a

propósito de Irán. ¿Y la doctrina Truman? Ciertamente la ayuda a Grecia, con las apropiadas alusiones a la cuna de la civilización, podía venderse, forzando un poco las cosas, en términos europeos; pero, ¿y Turquía? No por casualidad el discurso de Truman ante el Congreso fue inmediatamente etiquetado como «doctrina», una Doctrina Monroe para el mundo, que implicaba la responsabilidad estadounidense por el todo, en lugar de únicamente el hemisferio occidental. Su retórica universalista de la libertad y la lucha contra el totalitarismo no estipulaba fronteras. El precio a pagar por la abierta licencia de la ideología de la Guerra Fría, el precio de su «evidencia», era el compromiso aparente con la supuesta libertad de todo y en todas partes.

Esa prerrogativa, cuyo guardián o custodio era el poder ejecutivo, no puede explicarse por ningún «sentimiento de poder», por muy palpable que fueran tanto el sentimiento como la realidad que expresaba; como tampoco por la eurosolidaridad civilizatoria de una nueva comunidad política y social unificada. A escala política y discursiva, la licencia emanaba de otros dos factores «excedentes», que hicieron de la elección una necesidad. En primer lugar, es preciso tener en cuenta la «verdad totalitaria», corroborada por la historia reciente. La narrativa era cristalina. La Segunda Guerra Mundial había sido el producto de la gradual agresión imperialista hitleriana y japonesa, que había disuelto las distinciones tradicionales de guerra y paz en su búsqueda de la dominación mundial. El *appeasement* por parte de las democracias a través de la diplomacia de las concesiones –los «acuerdos»– había resultado ser una estrategia contraproducente y engañosa, que había avivado fatalmente el apetito totalitario. El Estados Unidos aislacionista posterior a Wilson tenía una cierta responsabilidad en ello, al haber abdicado del sistema internacional. La Segunda Guerra Mundial supuso su regreso triunfal a la escena; pero, por desgracia, las exigencias de los tiempos de guerra impusieron la alianza con la totalitaria Unión Soviética, lo que a su vez dio pie a algunas concesiones, tremendamente equivocadas, por parte de Roosevelt. Poco después de la guerra, sin embargo, Estados Unidos vio la luz, actuando con vigor para contener a un enemigo soviético inquebrantablemente hostil y reconstruir el mundo libre. En esencia, por lo tanto, el nazismo y el comunismo eran idénticos; se basaban en la misma lógica dictatorial de la conquista del mundo por cualquier medio. Sin embargo, desde el punto de vista estratégico eran diferentes, ya que los soviéticos (como podía verse ahora) eran mucho más peligrosos: tenían mayor poder potencial, ejercían un control magistral de los simpatizantes subversivos por todo el mundo y no eran temerarios, como los nazis, sino pacientes y astutos y, por lo tanto, más proclives a engañarte con su retórica de «paz». Contra la estrategia de Moscú de «guerra fría» –esto es, guerra en condiciones de paz aparente, guerra por medios que no llegan a ser propiamente bélicos– nunca servirían las concesiones, el *appeasement* o la diplomacia. Lo único que podía

contenerla era la reconstitución del *mundo libre* bajo el firme liderazgo de Estados Unidos a escala global. Y así sucesivamente.

Se trataba de un relato irresistible, tanto más por la carga de culpa postwilsoniana que portaba. Fundamentado en la experiencia histórica y en las lecciones extraídas a partir de ella, era fácil de «corroborar» mediante pruebas del momento presente (Irán, espionaje atómico, Grecia, Turquía, subversión comunista por todas partes, patente incumplimiento de los acuerdos existentes sobre Europa del Este y Polonia en particular, intransigencia, obstaculización de la reconstrucción de Europa Occidental, etcétera). Dos alternativas rivales e igualmente «estadounidenses» fueron de esta forma desplazadas: por una parte, el «*one-worldism*» [doctrina del mundo único] de Henry Wallace, de tintes neorooseveltianos, que llamaba a la reforma y a los «compromisos»; y, por otra, en el lado republicano, el tradicionalista «sentido del poder» de Robert Taft, centrado en el hemisferio occidental y en la vuelta a la normalidad, que significaba por encima de todo el abandono del «socialismo» del *New Deal*. Así, la ortodoxia de la Guerra Fría sería confirmada de manera enfática con las elecciones «internacionalistas» de 1952 entre Adlai Stevenson y Dwight D. Eisenhower.

Fue la naturaleza potencialmente total del «desafío totalitario» —es decir, del comunismo— lo que abrió la segunda faceta de la estructura axiomática: la «seguridad nacional». Articulada durante la Guerra Fría, fue consagrada e institucionalizada cuando la *National Security Act* dio carta legal a la CIA, los servicios armados unificados y un Consejo de Seguridad Nacional, para que funcionaran como un sistema «total» de coordinación entre los diferentes aparatos del Estado relevantes. La «seguridad nacional», de esta forma, no era tanto la seguridad de la nación como una carta blanca para investigar y actuar en prácticamente todos los campos, dentro y fuera del país; aquí la ventaja determinante era que nada quedaba inherentemente fuera del alcance. Durante la guerra Roosevelt ya le había confiado a Stalin algo en este sentido, pero él lo veía en el contexto de la cooperación entre las grandes potencias con vistas a la vigilancia internacional conjunta. Con la polarización de la Guerra Fría, el concepto de seguridad se convirtió en la prerrogativa pura, el «decisionismo» del Líder del Mundo Libre. Con su carácter infinitamente expansivo, la «seguridad nacional» tenían la virtud adicional de desplazar, tal y como ha argumentado Emily Rosenberg, cualquier noción estrecha y egoísta del «interés nacional». Reunía un amplio espectro de opinión dentro del consenso emergente de la Guerra Fría, incluyendo a la mayor parte de los internacionalistas liberales —una posición que Thompson no llega realmente a examinar— y a la mayor parte de los republicanos conservadores. Además, permitía la reconstrucción capitalista de Alemania Occidental y Japón, los dos enemigos mortales de la Segunda Guerra Mundial a los que Dean Acheson repartió nuevos papeles en 1947,

para que fueran «los dos grandes talleres de Europa y Asia». Un capitalismo internacional completamente funcional era un elemento esencial de la seguridad nacional. El argumento era simple: aparte de ser bueno para la economía estadounidense, era bueno como contención; el totalitarismo había crecido y se había hecho fuerte en el contexto de las disfuncionalidades económicas de la década de 1930 y así volvería a suceder, ya que la miseria es el fértil caldo de cultivo de la subversión comunista.

Entrelazados, los dos conceptos exponían una férrea lógica de Guerra Fría: en una palabra, exponían una «necesidad». La hostilidad totalitaria, en todos los sentidos ilimitada, exigía una respuesta de naturaleza total y el nombre de esa respuesta era la seguridad nacional en general y la contención en particular (nociones a las que pronto seguirían el *rollback* [«reversión»] y la «liberación»). La angustia faustiana del consenso de la Guerra Fría tenía un motivo claro: dado el carácter ilimitado de la amenaza, uno nunca podía hacer lo suficiente, por muy formidable que fuera su poder, para contrarrestarla y vencerla. Intrínseca a cada operación era siempre la sensación de «quedarse corto». La oposición siempre podía alegar –cosa que desde luego no dudaba en hacer– que el gobierno de turno no estaba a la altura, ya fuera por incompetencia o por falta de voluntad, cuando no por la presencia de traidores en el Departamento de Estado.

¿Se identifica esto con la «elección», alegada por Thompson, de emplear el excedente de poder en asegurar la hegemonía internacional, en colmar de manera consciente el desfase entre la capacidad y la acción, a partir de una predisposición a construir una identidad de carácter civilizatorio? No lo creo. Ciertamente, el ascenso de un Departamento de Estado de orientación eurocentrista tras la muerte de Roosevelt en 1945 –un evento contingente– jugó un papel sustancial en la forma en que la cuestión se planteó y ejecutó: la colaboración con los británicos y, particularmente, con Ernest Bevin, a la hora de adoptar compromisos a largo plazo y crear la OTAN. Ante todo, lo que estaba en juego en aquella decisión era precisamente el sentido propio del poder para asumir, en las nuevas formas requeridas, la hegemonía decimonónica de los británicos como garantes últimos del orden internacional, un orden capitalista «liberal». Para lograr este objetivo de manera estable y continuada, en lugar de espasmódica, se acudió al anticomunismo y a la «seguridad nacional», es decir, a la Guerra Fría. Por lo tanto, la «guerra», supuestamente global, era, tal y como reconoce Thompson, un ingrediente necesario en aquel enorme cambio con respecto a la tradición. Esa batalla –una «verdadera guerra», en los términos del *National Security Council Report NSC-68*– era la respuesta a la cuestión (propia de un R. G. Collingwood) de cómo situar de una vez por todas a Estados Unidos en el mundo.

Para entender cómo y por qué se fraguó esa respuesta, se requiere un relato de cómo y por qué la elección resultante realmente no fue una opción

en absoluto, sino que tuvo carácter de necesidad. Lo cual, a su vez, exige un relato sobre el poder y la estructura, pero también del carácter histórico y, desde luego, en gran medida religioso, del lugar que ocupa la «elección» como tal. Woodrow Wilson es en este sentido ejemplar: la elección está clara; o bien se sigue la vía recta y estrecha que Dios ha trazado de forma tan manifiesta para la nación histórico-mundial (y que yo me he ocupado de explicar), o bien se la rechaza en apostasía, renegando vergonzosamente de la tarea impuesta. Ser «Estados Unidos» es estar siempre ya sometido de antemano a una especie de obligación histórico-universal, a comportarse de manera ejemplar en calidad de agente ordenador del mundo. Pronto veremos si esa obligación histórico-universal puede ser rechazada, o bien –la opción más probable– ampliada en un sentido nuevo.